

POESIA ESPAÑOLA

NUMERO 31

JULIO 1954



MANUEL ALONSO ALCALDE • MARCELO ARROITA-JAUREGUI • MARIA BENEYTO • DICTINIO DE CASTILLO-ELEJABEYtia • FRANCISCO-TOMAS COMES • CARMEN CONDE • JOSE CORREDOR JOAQUIN DE ENTRAMBASAGUAS • JOSE M.^a FORTEZA • ESTELA GALFRASCOLI • FRANCISCO GARFIAS • AGUSTIN GOMEZ ARCOS • CHARLES DAVID LEY • JOSE GERARDO MANRIQUE DE LARA • RAFAEL MORALES • PEDRO POZO ALEJO • RAFAEL ROMERO MOLINER • VENANCIO SANCHEZ MARIN • CELIA VIÑAS.

El número, de logrados temas y buena presentación, escrito íntegramente en árabe, es un buen exponente del nivel cultural marroquí.

Como siempre, detallamos a continuación las direcciones de las revistas que aparecen en este número:

AGORA: Cinco Rosas, 15. Carabanchel Bajo. Madrid.

CARACOLA: Larios, 5. Málaga.

GANICO: Apartado, 193. Santa Cruz de Tenerife.

DABO: Torre del Amor, 4. Palma de Mallorca.

ESTROFA: Vitoria, 27. Burgos.

MADRIGAL: Calvo Sotelo, 62. Puerto Real (Cádiz).

GLORIETA: Valencia Atracción. Bajos del Ayuntamiento. Valencia.

CALETA: Cervantes, 22. Cádiz.

MALVARROSA: Cavite, 50. Malvarrosa. Valencia.

CORREO LITERARIO: Maestro Pérez Cabrero, 7. Barcelona

INSULA: Carmen, 9. Madrid.

INDICE: Apartado, 6076. Madrid.

L'ESPERIENZA POETICA: Vía C. Rosselli, 13-15. Bari (Italia).

AL-ANUAR: Apartado, 134. Tetuán (Marruecos).



HA MUERTO CELIA VIÑAS OLIVELLA

HA muerto Celia Viñas Olivella. Me lo dice casi con lágrimas en los ojos un joven alumno suyo del Instituto de Enseñanza Media de Almería. La noticia me ha sobrecogido. Celia Viñas Olivella parecía la vida misma, por donde ella pasaba quedaba un rastro de ilusión, de pujanza, de vitalidad y de entusiasmo. Y ahora está muerta bajo la tierra caliente de Almería. Me parece imposible.

Hace unos meses, muy pocos, había escrito a una amiga suya, que ahora vive en Madrid, una carta llena de dolor y de esperanza. Cuando esta amiga, suya y mía, me dice frases de la carta me estremezco. Celia hablaba tiernamente del hijo que esperaba y temía perder. Recién casada, tenía toda la ilusión en el próximo hijo, en esa vida que aguardaba en su entraña; pero no, era la muerte, la muerte, Celia amiga, la que ya estaba en ti.

Tan sólo tres días vi a Celia Viñas Olivella y ellos bastaron para contarla entre mis mejores amigos, lo mismo que a Arturo Medina, que hasta hoy fué su esposo y entonces era su novio. Cuánto me hablaron de sus proyectos, de su próxima boda, del lugar en donde buscarían su casa. Celia quería ver el mar desde sus ventanas. Quería Celia que la brisa marina entrase en su habitación; pero ha sido la muerte... Estos recuerdos de Celia me estremecen, me hacen saltar las lágrimas. ¿Por qué no confesarlo? ¿Por qué avergonzarme de mi vivo dolor?

Era Celia Viñas Olivella un alma entusiasta. Cómo la recuerdo en una noche tibia del noviembre almeriense, caminando conmigo y con un grupo de profesores y poetas jóvenes a través de toda Almería. Con qué gozo me mostraba los rincones más bellos, como si ella los sorprendiera por primera vez. Luego estuvimos en la radio, donde sus estudiantes de Literatura me hacían a bocajarro difíciles preguntas sobre la ciudad y la poesía. Celia, a mi lado, sonreía feliz ante la agudeza de sus mejores alumnos. Uno de aquéllos ha sido el que me dió la noticia de la muerte, casi llorando.

Como catedrática de Literatura, Celia Viñas Olivella, hizo en Almería una labor verdaderamente extraordinaria. Yo estuve con sus alumnos y me quedé maravillado de los muchos conocimientos que éstos poseían y, sobre todo, del ardiente entusiasmo de ellos por algunos poetas antiguos y modernos. Celia organizaba con estos alumnos, a lo largo de cada curso, recitales poéticos, conciertos, conferencias, representaciones teatrales, una revista radiofónica, reuniones literarias. Su labor de cátedra no acababa con la clase diaria o, mejor dicho su clase no acababa nunca. Cuando Celia marchaba de vacaciones, escribía infinidad de cartas a sus alumnos más aventajados.

¡Qué deliciosas eran las cancioncillas, los tiernos y ágiles poemas infantiles que escribió Celia! Nadie los ha superado en nuestros días. Su «Canción tonta en el Sur» tiene una gracia, un garbo y una emotividad arrebatadores. ¡Y cómo duele este libro si nos acercamos a él en estas horas amargas en las que ya no está Celia! Con qué ilusión hubiera leído ella al hijo que esperaba, que soñaba, sus aladas canciones infantiles, sus deliciosos cuentos que hace dos años quedaron finalistas del Premio Nacional de Literatura. Estoy seguro, conociendo su alma, que Celia no tuvo nunca mayor ilusión que la maternidad; en sus poemas se veía, se palpaba... Pero antes que el hijo, ha llegado la muerte.

El pasado año, publicó Celia Viñas Olivella otros dos libros de poemas, uno en su lengua catalana, «Del foc i de la cendra», que yo no conozco, y otro, en castellano, «Palabras sin voz», en donde cantaba entusiasmada las tierras de España con enardecida pasión española, y, sobre todo, Almería, su ciudad amada, en la que estaba viviendo su juventud. He aquí algunos de sus versos a la vieja y bella Alcazaba almeriense:

«Me estorba la leyenda y la memoria;
así me gustas más, abandonada
en un rincón oscuro de la Historia.
Así me gustas más, desencantada,
sin capitanes, sin pendón ni gloria,
con la muerte a tus muros asomada.»

LA POESÍA
COMO VERDAD

Condiciones de la poesía

El hombre es un pequeño, pero complejo mundo, y este mundo se le ofrece a él no como una situación ganada ya o hecha de antemano, como el mundo que presentó Dios a Adán, por ejemplo; el mundo del hombre es un mundo nuevo, un mundo por descubrir. Se le da precisamente como faena propia, y él así lo entiende; por eso todos buscamos proponernos y realizar luego este mundo que vamos a ser, y toda la ilusión humana es impulsada por la idea y voluntad de ser eso que soñamos. El amor a nuestra persona hace que en efecto no pasen de sueños nuestros proyectos: se concibieron un poco altos, un poco imposibles. Lo triste es que no siempre nos parezcan en realidad, y nos traicionemos en el ciego empeño de ser otros de los que están exigiendo e indicando nuestro contorno y nuestro suelo; hemos tenido la enorme confusión de creer que se trataba de una estricta creación, cuando se trata sólo, pero nada menos, que de elegir una trayectoria desde unas posibilidades concretas.

Si uno se empeña en ser poeta a la fuerza, sin auscultarse y sin contar con el suelo poético —y el suelo poético pertenece a la «naturaleza», está ya dado— es inútil que vocee. Este se ha equivocado en la raíz misma de la vocación. Pero no tratamos de él. El crítico que lanzó ese grito de alerta, habla con aquellos que, sin ser poetas, se parapetan en motivos que llevan el tono o el peso de tradición poética. Pero ésta no existe en poesía.

La poesía es una transformación de algo hacia lo bello. Pero llegan a veces temas u objetos que parecen rebeldes a una poetización. Dejamos la cuestión de si hay temas imposibles a un tratamiento artístico. El hecho de haberse intentado sin logro, sin éxito, con algunos asuntos es demasiado frecuente, pero conviene destacarlo, porque hay personas que tienden a admitir en bloque a ciertos autores; parece que invierten los papeles y en vez de ver al autor a través de sus poesías, las poesías son las que se las mira a través del nombre del autor. Y no. A pesar de que el renombre del poeta haya venido precedido de indiscutibles méritos y calidad de sus obras, el orden a seguir no cambia: de los frutos al árbol.

Y es que algunos piensan que el poeta es insobornable y que cuanto pasa por él recibe algo así como un baño mágico y queda convertido en poesía. Si hay poeta y el poeta habla, sus palabras cristalizarán en poesía. Pero la

En una conversación, apoyados en los muros de la Alcazaba, oí casi esas mismas palabras de sus versos a la inolvidable Celia Viñas Olivella. Y quizá ya estaba la muerte a los muros asomada como ella dice, mirándola bajo el frío navajazo de la luz de la luna.

Pero ya has muerto, Celia, inolvidable Celia para todos aquellos que te conocimos. Las noticias que me llegan de tu entierro son conmovedoras. Me dicen que desde los balcones te arrojaban rosas, que la gente lloraba, que más de cien coronas te ofrendaron los almerienses. ¡Buena gente, entrañable y agradecida! Sé que cerró el comercio y que miles de personas te siguieron hasta el lejano cementerio. Bajo un sol tremendo —22 de junio en Almería—, la gente se disputaba el honor de llevar sobre sus hombros tu amado cuerpo, relevándose unos y otros en este último acto amoroso hasta que te quedaste sola bajo tierra, junto a las raíces de los rosales que tanto te gustaban.

RAFAEL MORALES

*

DOS POEMAS INEDITOS DE CELIA VIÑAS

VIRGEN DEL CARMEN

*Palmera de la mar, ¡ay, Sulamita
negra y hermosa!, por la mar morena,
como un racimo de apretada pena
que en la viña de amor dulce gravita.*

*La viña junto al mar se precipita,
¡ay, montes y collados! ¡Qué serena
esta hermosura de peñón y arena,
Virgen del Mar, Señora carmelita!*

*Palmera de la mar, racimo y barca,
un trono de tritones y sirenas
y una corona de algas desprendidas.*

*Morena de la mar, ya desembarca,
y perlas y coral a manos llenas
pone sobre la flor de las heridas.*

A L O L I V O

*La paz de los olivos se derrama
en la apretada voz de la aceituna.
Espeso ruiseñor, de rama en rama,
la pulpa va trinando de la luna.*

*Va trinando el aceite. ¡Qué fortuna
por el tronco en delirio se encarama!
Y estallan las olivas, una a una,
en verdes vientos de escondida llama.*

cuestión está aquí precisamente: «si el poeta habla».

Desde luego la poesía no tiene propiamente campo, como lo tienen las ciencias; su campo es el mundo entero y ella puede moverse con libertad a través de todo lo existente, proyectar a la realidad un sentido poético. Puede. Pero poder no es poesía, la poesía es actuar poéticamente. El poeta disfruta de unas disposiciones de sensibilidad artística que puede despertarse y abrirse a cualquier aire o impulso exterior; tiene el don de dar a ese impulso una respuesta original pero respuesta se opone a reacción, por eso es original y por eso es libre y, por lo mismo, aun contando con el don y las disposiciones poéticas, puede no producirse el acto poético y puede fracasar el poeta.

Se debe a sí mismo el mayor respeto y él debe someterse el primero a las propias condiciones, a que deje sentir el clima de un total silencio exterior y de un absorbente diálogo interior de la realidad y él. Si el tema no provoca este diálogo, el poeta que se empeña en escribir está vendido, porque fuera de este clima y de esta temperatura él siente frío y, precisamente para remediarlo o fingir que lo tiene, vienen todos los malabarismos y atletismos que ensaya y se hacen un espectáculo para los que lo contemplan; es decir, que en vez de expresión tenemos muecas, artísticas también, pero exteriores, que quedan en la forma. Así, pues, todo viene a consistir en fijar los fines y el ser del poeta: es cuestión de ver en él un talento o un espíritu, una pasión dirigida.

Si es el poeta del espíritu el que habla, habrá poesía. ¡Muy bien! Si el poeta del talento, ¡no la habrá! Sin embargo, ambos existen juntos: el talento al servicio de la inspiración y para gobernarlo.

Enmarcación de la poesía

Pero la poesía hay que entenderla desde la sensibilidad más bien que desde el cerebralismo; pertenece a lo vital, no es una «ocupación» del espíritu; ella, como la música, como la filosofía, como la religión, se define mejor como una «actitud» o forma espiritual. El aire en que se desenvuelve ella es de intuición, de libertad, hasta de capricho; hemos dicho que queda involucrado en el área vital y, como la vida, no debe fingir, no finge ni falsea nunca; procede, se realiza espontánea, y cuanto espontánea, verdaderamente. ¿Cómo hacer ver esto?

Para entender cualquier asunto, lo mejor es preguntar directamente, hacernos cargo de él tal y como es.

Al emprender el análisis de la poética, hemos de fijarnos en que el precipitado o impacto poético que nos ha legado el poeta para que nos acerquemos y participemos de sus propios sentimientos y estado, es una expresión en palabras, como es también la expresión común de todos los hombres. De

*Por el tronco se dora su saliva,
y la mansa madera lo convierte
en amores de dulces embestidas.*

*¡Ay, con la verde, verde, verde oliva,
la tierra se hace sangre dulcemente
para el pan, el Sagrario y las heridas!*

*

ELEGIA A LA MUERTE DE CELIA VIÑAS

Yo soy aquél que clama y mi voz es desierta.
Aquí expongo mis manos para que las cortéis.
Arrancadme la lengua.
Ardeame en sal.
Convertidme en ceniza.
El grito es siempre grito mientras el cielo escuche.

Ahora, abrid el pecho.
Los poderes son altos y la carne no aguanta.
Abrid el pecho, muertos.
Es a vosotros a quienes conjuro.

Pues la vida es hermosa, según dogma.
pero es dura y atroz y hasta repugna.
Lo digo yo y me basta.
Mi palabra me guía.

La vida era un desierto
y tu flor sucumbió sin más remedio.
La sequía... —¿Qué importa qué?—
O la gran esperanza de una vida suprema
Te fuiste dulcemente,
mansamente tu sangre como arroyo en silencio.
Y lo supieron luego,
cuando vieron la luz perdida de tus ojos,
y el movimiento nulo de tus manos,
y tu sonrisa gacha,
y tu vientre vacío como un saco de siembra.
¡Qué soledad la tuya con tu muerte!

Nadie inventar pudiera,
amiga muerta, igual desolación
que tú escaparte hacia confusa orilla.
¡oh pájaro fatal, a la deriva!
Nadie decir palabra
que supliera el silencio de tu boca.
(El silencio que se alza, se levanta
como gigante vivo
mudo de asombro ya y sin movimiento.)

Yo soy aquél que clama
por tu muerte inviolable.
Yo soy quien quiere que la piedra escuche
mi mandato de acero
y en espada se torne y en cuchillo,
y desgaje las venas del mundo que te ha muerto.
Estoy lleno de odio
y quisiera saciarme con sangre de cordero.
(Que tú víctima fuiste.
en el atroz altar de lo infalible
y ahora se te consagra a la experiencia
para que el mundo aprenda que la vida es efimera
como la vida misma.)

¿Dónde ya la justicia,
aquello que nos hace no ser piedra y ser vuelo?
¿Dónde, dime, la gloria
de la carne sencilla, vegetal de la vida?

Oh muerte, muerte, muerte,
diamante inacabable, luciérnaga preciosa,
oh muerte destructora,
oh destructora vida.

Cada noche presiento,
amiga muerta, que vendrás a mí
y unirás tu sonrisa con mi sueño.
Pero el alba revienta con su luz esparcida
y me encuentro tan solo que ni yo mismo soy
porque hasta mi presencia se alejó tristemente.
Tu muerte persevera.
Más ufana que un rígido, cruel, veloz cuchillo
se me echa encima cuando el alba asoma
y me ahoga la risa,
y me ahuyenta la cálida comprensión de la carne.
Mi cuerpo ya no es íntimo
si tu muerte lo aborda.
Y los hombres que pasan son pedazos de muerte.
Y el agua es muerte líquida.
Y el aire es muerte.

Y arderán con el tiempo los perfiles del beso
que tú ya no conoces.
Y tornarán cenizas,
remolinos tremendos de tremendas cenizas,
a amasarse en la carne
de nuestros labios...
y todo ya será resurrección.
Pero maldita siempre
porque tú estabas muerta cuando el milagro vino.

Oh mujer ancianísima, muerta en 40 años.
¡Los ángeles no bastan para hacer semejanzas!

AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS

manera que la poesía se nos presenta por una parte, en cuanto pertenece a las artes, con la dificultad de plegarse a unas definiciones —el arte parece des- perfumarse si se le aprisiona en unos conceptos y no suele hablar precisamente con el entendimiento—; pero por otra parte, a la poesía no le ha dado tampoco por comunicarse por los sentidos directamente, no es placer de ninguno de ellos, como lo son la música y la pintura, por ejemplo, verdadero placer de la sonoridad y del color; ella se hace forma y realidad en palabras; parece, pues, desvanecerse la dificultad de entenderla y definirla.

En verdad, la poesía se inspira en el lenguaje para su misión artística, y su labor consiste en elevar el lenguaje a potencia o rango de arte. Así, pues, se apunta la solución y se vislumbra el espejismo que puede haber en esta proximidad y semejanza existimadas con el lenguaje común, espejismo y peligro grave para la percepción e inteligencia de la poesía. Examinaremos ambos y veremos en qué grado aflora la verdad en esta expresión poética.

El lenguaje como instrumento poético

Pero viene la poesía a establecer un nuevo orden de cosas; quiere imponer un uso distinto al lenguaje; no que intente corregirlo, sino sólo infundirle otro espíritu, prestarle alas para volar. Para ello debe entablar una lucha violenta por lograr esa transformación y elevación efectivas que debe poseer; el poeta se constituye en verdadero «domador del lenguaje»; ensaya y ejecuta mil juegos y recursos para doblegarlo a su voluntad: lo ablanda y lo acaricia, lo cincela o lo difumina, le da voz de profeta o de arcángel, lo viste de luz o de luto, logra que se insinúe o rebote, lo hace burlón o sentencioso, lo maneja, en fin, de forma que en toda ocasión pueda ser su paloma mensajera. Ha salido con su intento: lo ha liberado y lo ha levantado a categoría de instrumento poético: a posibilidad de deleitar.

En efecto, lo que antes se había creado, como por un pacto social, para saber a qué atenerse respecto de tantas cosas, ahora se crea una forma distinta por voluntad de uno solo —cada poeta crea y debe crear la suya— con el fin de recrearnos, porque la poesía, mirada de la parte de los que la gustan y oyen es eso: una diversión a que nos entregamos al margen del trabajo en que consiste la vida; diversión, aunque nos absorba totalmente o, mejor, en el mismo grado en que nos posee. (Acaso la diversión consista en que el poeta —como dice con acierto Pedro Caba en un artículo de POESIA ESPAÑOLA— nos interpreta en nuestra propia historia y ensueños y con ello nos ahorra el gusto incalculable de saborear luminosamente lo que en la oscuridad y torpemente lo percibíamos ya).

¿Está justificado en el poeta esta búsqueda constante de nuevas formas, esas salidas de tono que nos dejan